

Tienen serpientes
en lugar de brazos.
Las venas del cuello
se les hinchan
también como
serpientes para
asfixiarlos.
Los amorosos
no pueden dormir
porque si se duermen
se los comen
los gusanos.
En la oscuridad
abren los ojos
y les cae en ellos
el espanto.

Encuentran alacranes
bajo la sábana
y su cama flota
como sobre un lago.
Los amorosos
son locos, sólo locos,
sin Dios y sin diablo.
Los amorosos
salen de sus cuevas
temblorosos,
hambrientos,
a cazar fantasmas.
Se ríen de las gentes
que lo saben todo,
de las que aman
a perpetuidad,
verídicamente,

IMPRESO EN BOGOTÁ



¡QUÉ COSTUMBRE
tan salvaje esta de
enterrar a los muertos!,
¡de matarlos, de aniqui-
larlos, de borrarlos de la
tierra! Es tratarlos ale-
vosamente, es negarles
la posibilidad de revivir.

Qué COSTUMBRE TAN SALVAJE
JAIME SABINES
(1926-1999)

muertos, ventilada, lim-
pia, con música y con
agua corriente. Lo me-
nos dos o tres, cada día,
se levantarían a vivir.

QUÉ PUTAS PUEDO

?Qué putas puedo
hacer con mi rodilla,
con mi pierna
tan larga y tan flaca,
con mis brazos,
con mi lengua,
con mis flacos ojos?
?Qué puedo hacer
en este remolino
de imbeciles
de buena voluntad?
?Qué puedo
con inteligentes
podridos

con la mano en el sexo,
complacidas,
a arroyos
de agua terna
y a cocinas.
Los amorosos se ponen
a cantar entre labios
una canción
no aprendida,
y se van llorando,
llorando,
la hermosa vida.

LOS AMOROSOS

Los amorosos callan.
El amor es
el silencio más fino,
el más tembloroso,
el más insoporable.
Los amorosos buscan,
los amorosos son
los que abandonan,
son los que cambian,
los que olvidan.
Su corazón les dice que
nunca han de encontrar,
no encuentran, buscan.

Los amorosos
 andan como locos
 porque están solos,
 solos, solos,
 entregándose,
 dándose a cada rato,
 llorando porque
 no salvan al amor.
 Les preocupa el amor.
 Los amorosos
 viven al día, no pueden
 hacer más, no saben.
 Siempre se están yendo,
 siempre,
 hacia alguna parte.
 Esperan,

6

no esperan nada,
 pero esperan.
 Saben que nunca han
 de encontrar.
 El amor es la prórroga
 perpetua,
 siempre
 el paso siguiente,
 el otro, el otro.
 Los amorosos son
 los insaciables,
 los que siempre
 —¡que bueno!—
 han de estar solos.
 Los amorosos son
 la hidra del cuento.

7

Vacíos, pero vacíos
 de una a otra costilla,
 la muerte
 les fermenta
 detrás de los ojos,
 y ellos
 caminan, lloran
 hasta la madrugada
 en que trenes y gallos
 se despiden
 dolorosamente.
 Les llega a veces
 un olor
 a tierra recién nacida,
 a mujeres
 que duermen

11

de las que creen
 en el amor
 como una lámpara
 de inagotable aceite.
 Los amorosos juegan
 a coger el agua,
 a tatuar el humo,
 a no irse.
 Juegan el largo,
 el triste juego del amor.
 Nadie ha de resignarse.
 Dicen que nadie
 ha de resignarse.
 Los amorosos
 se avergüenzan de toda
 conformación.

10

y con dulces niñas
 que no quieren hombre
 sino poesía?
 ¿Qué puedo
 entre los poetas
 uniformados
 por la academia
 o por el comunismo?
 ¿Qué, entre vendedores
 o políticos
 ¿Qué putas puedo hacer,
 Tarumba,
 si no soy santo,
 ni héroe, ni bandido,

14

ni adorador del arte,
 ni boticario,
 ni rebelde?
 ¿Qué puedo hacer
 si puedo hacerlo todo
 y no tengo ganas
 sino de mirar y mirar?

15

Me dan risa, luego,
 las coronas, las flores,
 el llanto, los besos de-
 rramados. Es una bur-
 la: ¿para qué lo ente-
 raron?, ¿por qué no
 lo dejaron fuera hasta
 secarse, hasta que nos
 hablaran sus huesos de
 su muerte? ¿O por qué
 no quemarlo, o darlo a
 los animales, o tirarlo a
 un río?
 Había de tener una
 casa de reposo para los

3

Yo siempre estoy espe-
 rando a que los muertos
 se levanten, que rompan
 el ataúd y digan alegre-
 mente: ¿por qué lloras?

Por eso me sobrecoge
 el entierro. Aseguran las
 tapas de la caja, la in-
 troducen, le ponen lajas
 encima, y luego tierra,
 tras, tras, tras, paletada
 tras paletada, terrones,
 polvo, piedras, apiso-
 nando, amacizando, ahí
 te quedas, de aquí ya no
 sales.

2